

Presentación

He tenido la suerte de ayudar a Leonardo Polo (a sus 86 años) a corregir en junio de 2012 los apuntes transcritos del Curso de Ética que él nos impartió a los que entonces éramos sus alumnos de 3º de la Licenciatura de Filosofía en la Universidad de Navarra durante el curso académico 1981-82. Recuerdo bien este texto, porque tomé abundantes apuntes de este Curso. Dicho año académico constituyó mi primera toma de contacto con este pensador original, sugerente y, sobre todo, profundo, y al que, por esto último, he intentado seguir y ayudar hasta la fecha, en algunos casos a pesar de la distancia y de la diversidad de ocupaciones.

A los alumnos de la mencionada promoción nos sorprendió, del magisterio de Polo, sobre todo su *Teoría del conocimiento* —que nos impartió el curso académico siguiente (en 4º de la Licenciatura, que entonces contaba con 5 años)—, al que obedece el volumen I de la obra que lleva ese título¹. También en estas

1. Cfr. L. POLO, *Curso de teoría del conocimiento*, vol. I, Eunsa, Pamplona, 1984, 328 págs.;³2006.

lecciones de ética se nota la originalidad y hondura con que D. Leonardo aborda los temas, su conocimiento de la historia de la filosofía, su exposición sintética de la misma y la raigambre de su pensamiento en la filosofía aristotélica. Sin embargo, no se trata de un curso de ética clásico, porque el índice de cuestiones abordadas no sigue ni el elenco de los temas que aparecen en las éticas del Estagirita, ni tampoco el que comparece en los trabajos de sus comentadores. De modo que Polo toma los temas y su inspiración del pensador griego, pero los organiza a su modo y los prosigue con advertencias novedosas y relevantes.

Entre las publicaciones de Leonardo Polo, el lector podrá encontrar estudios complejos de antropología, de metafísica y de teoría del conocimiento; asimismo, investigaciones difíciles sobre diversos autores de la historia de la filosofía (Descartes, Kant, Hegel, Nietzsche). Pero también hallará cursos más sencillos sobre ética, psicología, educación, e incluso de introducción a la filosofía. Los temas que aborda en sus trabajos son numerosos, tanto teóricos (mundo, hombre, Dios...) como prácticos (historia, cultura, economía...), tantos que es difícil encontrar algún tema de relevancia sobre el que no haya detenido su pensamiento. Las presentes *Lecciones* no son difíciles, de modo que se pueden encuadrar entre los trabajos del segundo tipo.

A la investigación de los diversos temas abordados por Polo se han dedicado algunos Congresos Internacionales de Filosofía (1994, 1997, 2012) y otras reuniones científicas; existen además dos revistas periódicas que investigan diversos aspectos de su filosofía: *Studia Poliana* (Pamplona) y *Miscelánea Poliana* (Málaga). Con todo, los estudios sobre su ética han sido hasta la fecha inferiores en número en comparación con los referidos a otras áreas filosóficas. De manera que la publicación de estas *Lecciones* puede servir de ayuda a que los especialistas en esta materia se

hagan eco de algunas formulaciones aquí contenidas, las desarrollen y les saquen más partido.

Como es ordinario en las publicaciones de Leonardo Polo, también en la exposición de estos temas éticos no sigue el usual elenco de los manuales, sino que desde el comienzo se advierte que tiene unas ideas centrales *in mente* y que, tras darles vueltas y abordarlas desde diversos ángulos, logra madurarlas, aunarlas, y transmitir las con suficiente claridad. Estas claves no se oponen al elenco de los temas que ofrecen los clásicos manuales de ética (más aún, recuerdo que previo al estudio de estos apuntes, el Profesor Polo nos pidió estudiar un considerable manual de ética tomista, del que nos examinó). Se puede decir que los temas centrales que Polo tenía en la cabeza a la hora de exponer este curso son los siguientes: a) La contraposición entre dos versiones incompatibles de la ética: la clásica y la moderna. b) El tema de la *voluntad* y su peculiar intencionalidad. c) El ámbito propio de lo ético: lo *práctico* y sus dimensiones. d) Las bases de la ética: los bienes, las normas y, sobre todo, las virtudes. e) La ayuda de la *inteligencia* en el terreno de lo ético.

En cuanto al primer asunto, Polo dirime los aciertos e inconvenientes de las concepciones clásicas y modernas de la ética. Por lo que se refiere a la voluntad, advierte que, a diferencia de la teoría del conocimiento, algunas de las dimensiones centrales de la ética, como es el caso de esta facultad, no son claras, axiomatizables, ya que esta potencia no es cognoscitiva y, además, es más difícil de conocer que la inteligencia. En lo referente al ámbito práctico propio de la ética, Polo lo vincula al estudio de los medios, de la cultura, la historia y la sociedad. Por lo que se refiere a las bases de la ética, el lector encontrará más sugerencias de fondo respecto de las normas que de los bienes, y de las virtudes que de las normas, lo cual denota la jerarquía existente entre ellas.

Por último, la investigación de la asistencia de la inteligencia en este ámbito culmina en su atención a la luz de la *prudencia*.

Se advierte también en estas *Lecciones* que Polo buscaba las bases de la ética, a las que aquí denomina «grandes nociones éticas», a saber, las virtudes, las normas y los bienes, que perfiló más en otro trabajo suyo². Por su parte, aunque al final de estas lecciones alude a ese hábito innato que los pensadores medievales denominaron *sindéresis*, raíz y condición de posibilidad de la ética, foco ineludible para conocer la naturaleza humana –y por tanto de valía para el derecho natural–, y dimensión humana favorecedora del desarrollo de los hábitos adquiridos de la razón y de las virtudes de la voluntad, esta dimensión nuclear de la ética sólo está aquí someramente apuntada, si se compara con los ulteriores desarrollos ofrecidos por Polo en el volumen II de su *Antropología trascendental*³.

1982 y 2012 son los años que marcan el inicio y, de momento, el fin de mi contacto con Leonardo Polo. Pero al margen de mi personal coincidencia con este filósofo, treinta años de magisterio poliano han dado para bastante, no sólo porque de sus cursos grabados se han podido publicar hasta la fecha más de cuarenta libros netamente filosóficos, sino porque su pensamiento, en continuidad con el de los clásicos –a los que prosigue– y teniendo en cuenta el de los modernos –cuyos anhelos aprecia y cuyas propuestas no pocas veces corrige– va siendo cada vez

2. Cfr. L. POLO, *Ética: hacia una versión nueva de temas clásicos*, Introducción de L. I. Guerrero Martínez, Universidad Panamericana, Publicaciones Cruz O., México, 1993, 252 págs. Edición española, más amplia y corregida, con Presentación de Fernando Fernández: Aedos, Madrid, 1996, 196 págs.;²1997.

3. Cfr. L. POLO, *Antropología trascendental*, vol. II: *La esencia del hombre*, Eunsa, Pamplona, ²2010, 308 págs.

más difundido en el mundo filosófico de todas las latitudes, a pesar de que está todavía inédita buena parte de su obra, de que no exista todavía una completa edición de sus obras, y de que, incluso, salvo algunas, no haya traducciones a otros idiomas.

En este curso, y en los siguientes, Leonardo Polo acostumbraba a venir a clase sin libros, sin apuntes, sin guiones; sólo con su cajetilla de cigarros y su encendedor (en ese tiempo fumar en clase se consideraba no sólo ‘políticamente correcto’, sino también casi una virtud social y una habilidad personal). Pensaba en voz alta los temas, hasta madurarlos y ofrecerles más fundamentación, es decir, no se los traía solucionados de casa. Jamás sus clases fueron reiteraciones o exposiciones de esquemas y apuntes que con el paso del tiempo devienen amarillentos y rugosos por el uso. Por eso cada clase constituía, para los afortunados alumnos que teníamos la suerte de escucharle, un nuevo descubrimiento, un modo de aprender vitalmente a filosofar, a pensar. Era paciente en la exposición de los temas; primero pensaba y luego exponía. Aunque esta actitud parezca de perogrullo, no debe darse por supuesto actualmente en las aulas universitarias. Al proceder así, se tomaba tiempo; por eso ni a él, ni tampoco a sus alumnos, importaba demasiado que sonaran las campanas avisando el fin de la clase, tiempo que siempre excedía; exposiciones que se prolongaban en los pasillos, en las cafeterías de la universidad, en los centros culturales de la ciudad, en los apartamentos de los alumnos, inclusive hasta altas horas de la noche. Era generoso con su tiempo y con sus capacidades intelectuales.

Pues bien, fruto de estas reflexiones son las siguientes páginas que el lector podrá disfrutar a pesar de no escuchar en directo a este maestro. Se trata de un Curso que –según nos confesó los primeros días de clase– le ‘tocó dar’ (seguramente por la excedencia académica prevista del profesor que la impartía), y que no

le gustaba, porque la ética –sostenía– ‘es molesta’, ya que, al dirimir las acciones humanas, el oyente se puede sentir molesto con la exposición del profesor. Pero los alumnos no nos molestamos de tenerlo como profesor, no sólo porque debido a su delicada exposición no hiriese a nadie, sino también porque, si bien alguno de los alumnos no compartía su fondo temático, no obstante no podía quejarse de que le faltase fundamentación.

Con todo a la vuelta de tres décadas he podido comprobar que la ética le sigue sin gustar a Leonardo Polo, al menos no le atrae como las disciplinas filosóficas teóricas, seguramente porque él es –como buen seguidor de Aristóteles– más un pensador teórico que práctico. Mi escasa experiencia por aquel entonces fue similar, pues en este Curso me di cuenta de que lo mío no era la ética, y en el siguiente caí en la cuenta de que sintonizaba más con la *Teoría del conocimiento*. Es cuestión –como nos decía Polo en clase– de perfiles o caracteres humanos: a quienes les va lo práctico no les va tanto lo teórico, pues no es lo mismo buscar la verosimilitud que la verdad. Con esto no se quiere indicar que los perfiles filosóficos sean incompatibles, pues –como es claro– detrás de una buena filosofía práctica hay siempre un fundado pensamiento teórico; y también es conveniente que a los esclarecimientos teóricos acompañen unas correctas concepciones prácticas coherentes con aquellos. No obstante, no es sólo cuestión de gustos, pues si dice verdad el adagio aristotélico según el cual «la teoría es la forma más alta de vida»⁴, la teoría debe ser previa, condición de posibilidad y fin de la práctica; no a la inversa. El fundamento de esta superioridad se sintetiza con una frase de este mismo *Curso*: «El hombre es infinito en el pensar, pero no en el obrar».

4. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, X, c. 7, 1178 a 6-7.

La asistencia a las clases era, obviamente, libre; pero a algunos les sabía mal faltar a alguna de ellas. Unos tomábamos apuntes. Otros preferían simplemente escuchar y pensar, sin dedicarse a actividades transitivas. Alguna alumna grababa la clase en cintas magnetofónicas. Y si alguno faltaba, D. Leonardo jamás se molestaba, sabedor de que sus propuestas filosóficas eran un ofrecimiento libre y, como toda oferta, la suya era de libre aceptación. Desde el primer día nos dimos cuenta de que, en unas fechas en que el ambiente político y social estaba no sólo enrarecido, sino encrespado y convulso, una de las facetas singulares de Polo era que se mantenía al margen de tales polémicas. Notamos enseguida también su enorme respeto a la libertad personal de cada quién, a pesar de mediar entre profesor y alumnos más de treinta años.

Jamás usó la retórica persuasiva para convencer sobre opiniones partidistas, ni siquiera de escuela o incluso pareceres personales, sencillamente porque su pasión era descubrir la verdad en los temas filosóficos de fondo. Por eso lo que se recoge en este Curso es filosofía, no es un ensayo en el que comparecen opiniones sin fundamentar. Fruto de ese afán por descubrir la verdad eran el sosiego y la paz con que acompañaba sus palabras. En suma, hacía resplandecer la autoridad de la verdad más que la autoridad o la gracia del profesor, las cuales no sólo subordinaba a la primera, sino que él mismo se ocultaba para que ella compareciera.

Leonardo Polo contaba a la sazón 56 años. Si Platón⁵ consideraba que uno sólo llega a ser filósofo a partir de los 50 años, tuvimos el privilegio de coincidir con la época de madurez del maestro, que se prolongó hasta los últimos días en que impartió su magisterio en la Universidad de Navarra, en 1996. En esas

5. Cfr. PLATÓN, *República*, VII, 537 a 11.

fechas ya era considerado, también por el resto de sus colegas profesores, como maestro, según tuvimos oportunidad de comprobar en los seminarios de la Sección de Filosofía y, asimismo, en algunos de los seminarios de Profesores, a los que asistían también algunos alumnos inquietos. Las intervenciones de Polo manifestaban su amor a la verdad, por encima de cualquier deseo de contemporizar, es decir, sobre toda forma de ‘política universitaria’. Nunca fue rudo en la exposición de sus puntos de vista (no acordés muchas veces con el parecer de otros expositores), pues la pretensión de ser elemento de unión entre el claustro académico siempre le acompañó, pero no por eso dejó de manifestar su modo de ver cuando lo consideraba verdadero; ahora bien, lo manifestaba sólo si era preguntado, lo cual solía suceder al final de las clases y de los seminarios, cuando se dirigían a él alumnos o profesores buscando expresamente su opinión. En caso contrario, permanecía en silencio y pensaba los temas por su cuenta, pues –como ya entonces se decía– era buen escuchador.

He visto conveniente registrar los precedentes recuerdos porque en un curso de ética tal vez merezca la pena reparar en que sólo puede impartirlo bien el profesor que personalmente sea ético o, al menos, quiera serlo, y que sepa que no cabe ética alguna al margen de la verdad. Más aún, que una ética que admita otros fines por encima de dotar de más sentido veritativo a las acciones humanas en rigor no lo es. Se puede tener en cuenta esto especialmente hoy en nuestra sociedad, en la que parece imperar el relativismo ético. Tras la lectura de estas páginas espero que el lector tenga motivos para estar agradecido al magisterio de este sencillo y gran personaje, Leonardo Polo, y aprenda algo que le sirva para mejorar éticamente su vida.

Tal vez no sea una mera casualidad que estas *Lecciones* se publiquen ahora cuando nuestra sociedad sufre –según Polo– una

clamorosa desintegración moral en todos sus ámbitos. Las personas han llegado a ser incapaces de tolerar a los demás porque difícilmente se soportan a sí mismas. No es, obviamente, que la naturaleza humana esté nativamente corrompida, sino que la hemos deteriorado bastante con nuestros querer, actos y con superabundancia de medios, hasta el punto de que ya no se describe al hombre –como antaño– en orden a la felicidad.

La salida de este atolladero está en la libertad personal de cada quién, siempre que no se conforme con una vida mediocre, anodina, sin sentido. Tal vez sea tiempo de levantar la voz –pero con fundamento– contra las éticas decimonónicas y del siglo XX que han tomado al hombre como un ser para la muerte. En contra de esto, seguramente tampoco sea mera casualidad que el final de las *Lecciones* de este Curso termine sosteniendo que «lo que hace que la vida humana tenga derroche de sentido es el amor. Luego lo más grandioso es amar, y renunciar a ello es lo más anti-ético».

En años subsiguientes a la impartición del curso se transcribieron los apuntes tomados de las clases; ese texto, sobre el que se ha procedido a corregir, presentaba ya la división de los actuales capítulos con sus respectivos títulos, pero la separación de los epígrafes y sus encabezamientos se han introducido en la corrección. Como es obvio, no todas las clases se tomaron en cinta magnetofónica o en apuntes manuscritos, y por ello se trata de algunas lecciones de ese Curso. De ahí el título: *Lecciones de Ética*.

El texto carece de notas críticas, en las que se podría aludir a los textos de los pensadores que son tenidos en cuenta, o a otras obras del autor; no era costumbre de D. Leonardo poner aparato crítico de citas al pie en sus publicaciones, entre otras cosas porque –nos decía– pensar es algo más, distinto, que realizar citas de salón.

Y termino con otro recuerdo, aunque éste es reciente. Don Leonardo, en su ancianidad, suele repetir ciertas expresiones, muchas de ellas jocosas (es divertido estar a su lado, porque rezuma paz y buen humor: como un niño que no conoce la malicia, aunque, como los pequeños, sabe hacer valer sus deseos). Recuerdo que un día hablando sobre cierto tema dijo que ‘ser buen chico es lo que importa’. ‘Chico’ es locución que en la tierra navarra donde vive se suele atribuir no sólo al que es joven en edad, sino a cualquiera. ‘Buen chico’ es lo que, entre bromas y veras, Polo dice que es lo que importa ser. La verdad es que no es nada fácil llegar a serlo, pues exige no sólo poner en sordina críticas externas y evitar juicios críticos internos, entre otros muchos riesgos al que están expuestos los académicos en la actualidad, sino que exige bastante humildad, abandono, y tal vez sea ésa una buena lección de ética que todavía hoy nos sigue impartiendo⁶.

JUAN FERNANDO SELLÉS

Septiembre, 2012

6. Agradezco a los Profs. Miguel Martí y Ángel Luis González su ayuda en la revisión y corrección del texto.